

RELIQUIAS DE CASA VIEJA

PADRE CONTRA MADRE

CON LA ESCLAVITUD desaparecieron oficios e instrumentos, como habrá sucedido con otras instituciones sociales¹. No aludo a algunos de esos instrumentos, sino porque están vinculados a cierto oficio. Uno de ellos era la cadena del cuello, otro la cadena del pie; estaba también la llamada máscara de hoja de flandres. La máscara servía para arrancar a los esclavos del vicio de la embriaguez, ya que les tapaba la boca. Tenía sólo tres orificios, dos para ver, uno para respirar; y se cerraba por detrás de la cabeza con un candado. Con el vicio de la bebida, perdían la tentación de robar, porque generalmente era de los centavos del señor que se valían para aplacar la sed, y así se eliminaban dos pecados a un mismo tiempo, y la sobriedad y la honestidad quedaban resguardadas. Era grotesca esa máscara, pero el orden social y humano no siempre se alcanza sin lo grotesco, y a veces sin la crueldad. Los hojalateros las tenían colgadas, en venta, en la puerta de sus negocios. Pero olvidémonos de las máscaras.

La cadena de cuello era aplicada a los esclavos fugitivos. Imaginad un collar grueso, con un mango también grueso a la derecha o a la izquierda, hasta el tope de la cabeza, y cerrado atrás con llave. Pesaba, naturalmente, pero era menos un castigo que una señal. Esclavo que se escapase, estuviera donde estuviese, mostraba así quién era realmente, y al poco tiempo volvía a ser capturado.

Hace medio siglo, los esclavos huían con frecuencia². Eran muchos y no a todos les gustaba la esclavitud. Ocasionalmente, podía ocurrir que a alguno lo castigasen, y no a todos les agradaba recibir golpes. La mayoría de ellos era, apenas, reprendida; en tales casos, alguno de la casa hacía las veces de padrino, e incluso el mismo dueño no era malo; además, el sentimiento de la propiedad moderaba los impulsos

¹ La esclavitud fue abolida en Brasil en 1888. (N. del T.).

² Machado de Assis se refiere a la década de 1850, aproximadamente. (N. del T.).

represivos, porque el dinero malbaratado también duele. Las fugas se repetían, sin embargo. Hubo casos, si bien contados, en que el esclavo, apenas adquirido en el mercado, escapaba echándose a correr sin conocer las calles de la ciudad. Entre los que aceptaban acompañar a sus amos no era raro encontrar algunos que acordaban con sus señores pagar por su libertad, e iban a ganar el monto estipulado en las horas libres, trabajando en el comercio menudo. Cuando un esclavo se fugaba, se ofrecía dinero a quien lo restituyese. Aparecían avisos en los diarios, dando las señas del evadido, el nombre, la indumentaria, el defecto físico, si lo tenía, el barrio por donde solía andar y el monto de la gratificación. Cuando no constaba la cantidad, constaba la promesa: "se retribuirá generosamente", o "recibirá una buena gratificación". Muchas veces el aviso traía encima o al lado una viñeta que representaba a un negro, descalzo, corriendo, vara al hombro, y en la punta un lío, y advertía que sería reprimido con todo el rigor de la ley quien lo amparase.

Pues bien, capturar esclavos evadidos era un oficio de la época. No sería noble pero por ser un instrumento de la fuerza con la cual se preservaba el cumplimiento de la ley y la propiedad, poseía esa otra nobleza implícita de las acciones reivindicadoras. Nadie se metía a cazador de esclavos por puro gusto o interés; la pobreza, la necesidad de ganar el sustento, la ineptitud para otros trabajos, el azar, y alguna vez también, el gusto de ser útil, aunque fuera de aquel modo, constituían un impulso suficiente para el hombre que se sentía capaz de introducir orden en el desorden.

Cándido Neves —Candidito, en la intimidad—, es la persona con que se relaciona la historia de una fuga. Para contrarrestar la miseria decidió hacerse cazador de esclavos evadidos. Tenía un defecto grave ese hombre, no toleraba empleo ni oficio alguno, carecía de estabilidad; era lo que él llamaba su mala suerte. Empezó por querer aprender tipografía pero advirtió en seguida que era preciso algún tiempo para componer bien, y aun así tal vez no ganase lo bastante; eso fue, al menos, lo que se dijo. El comercio, entonces, le llamó la atención, era una buena carrera. Con algún esfuerzo logró entrar como cajero a una tienda. La obligación, empero, de atender y servir a todos lo hería en la cuerda del orgullo, y al cabo de cinco o seis semanas estaba en la calle por propia decisión. Empleado en una notaría, mandadero en una repartición anexa al Ministerio del Imperio, cartero y otros empleos fueron abandonados al poco tiempo de obtenidos.

Cuando nació el amor por la muchacha llamada Clara, él no tenía otra cosa que deudas, si bien eran pocas, ya que él vivía en casa de un primo, entallador de oficio. Después de varios intentos para obtener empleo, resolvió adoptar el oficio del primo, del que, por lo demás, ya había tomado algunas lecciones. Nada le costó recibir otras, pero, em-

pecinado en aprender rápidamente, aprendió mal. No hacía obras finas ni complicadas, tan sólo garras que servían de soportes a los sofás y relieves comunes para sillas. Quería tener en qué trabajar cuando se casase, y el casamiento no tardó en realizarse.

Tenía treinta años. Clara veintidós. Ella era huérfana, vivía con una tía, Mónica, y ambas cosían. No cosía tanto como para no tener tiempo de andar noviendo por ahí, pero sus festejantes sólo querían distraerse; no tenían otra aspiración. Pasaban las tardes, la miraban, ella a ellos, hasta que la noche la obligaba a replegarse sobre las tareas de costura. Lo que ella advertía era que ninguno de esos muchachos conmovía su corazón ni la encendía de deseo. Había muchos de los que ni siquiera sabía el nombre. Quería casarse, naturalmente. Era, como le decía la tía, una pesca con caña, a ver si el pez picaba, pero el pez pasaba lejos; si alguno se acercaba, era apenas para dar vueltas alrededor de la carnada, mirarla, olerla, dejarla e ir por otras.

Pero el amor tiene sus entrelíneas. Cuando la muchacha vio a Cándido Neves, sintió que estaba ante su posible marido, el marido verdadero y único. El encuentro se produjo en un baile; tal fue —para recordar el primer oficio del novio— tal fue la página inicial de aquel libro, que habría de salir mal compuesto y peor compaginado. El casamiento se realizó once meses después, y fue la fiesta más bella de todas las que tuvieron los novios. Amigas de Clara, menos por amistad que por envidia, intentaron disuadirla del paso que iba a dar. No negaban el encanto del novio, ni el amor que le tenía, ni tampoco el hecho de que poseyera algunas cualidades; decían, sin embargo, que era demasiado propenso a las bromas.

—Menos mal, —replicaba la novia—; no querrán que me case con un difunto.

—No, por supuesto, pero...

No decían lo que pensaban. Tía Mónica, después del casamiento, en la casa pobre donde ellos fueron a vivir, les habló una vez de los hijos posibles. Ellos querían uno, uno solo, aunque viniese a aumentar las dificultades económicas.

—Si ustedes tienen un hijo se van a morir de hambre, —dijo la tía a su sobrina.

—La Virgen Purísima nos dará de comer, —afirmó Clara.

Tía Mónica debía acabar de hacerle a Clara la advertencia o la amenaza, cuando él le fue a pedir la mano de la muchacha; el hecho es que ella también era amiga de las diversiones, y pensó que el casamiento sería una fiesta, como de hecho lo fue.

La alegría era común a los tres. La pareja se reía de todo. Hasta los nombres eran objeto de retruécanos, Clara, Neves³, Cándido; no te-

³ Nieves tiene en portugués, al igual que en castellano, la doble acepción: por un lado es patronímico y por el otro, sustantivo común. (N. del T.).

nían qué comer pero no perdían el buen humor y de él se alimentaban. Ahora ella cosía más, él salía rápidamente de un empleo para caer en otro y dejarlo por un tercero; no duraba en ningún lado.

Pero no por eso renunciaban a la idea de tener un hijo. Este, en cambio, no sabiendo nada sobre ese deseo específico, se dejaba estar oculto en la eternidad. Un día, sin embargo, el niño dio señales de vida; sea lo que fuere, varón o mujer, era el fruto bendecido que traía a la pareja la anhelada ventura. Tía Mónica se mostró inquieta, Cándido y Clara rieron de sus temores.

—Dios nos ha de ayudar, tía —insistía la futura madre.

La noticia se propagó entre las vecinas. Sólo restaba esperar la aurora del gran día. La esposa trabajaba ahora con más ahínco, y no podía ser de otro modo ya que, además de las tareas de costura, tenía que ir haciendo con retazos el ajuar del bebé. A fuerza de pensar en él, ya vivía con él, media sus pañales, cosía sus ropitas. Los recursos eran pocos, los períodos de penuria largos. Tía Mónica ayudaba, es cierto, aunque de mala gana.

—Ya verán ustedes los problemas que tendrán, —suspiraba ella.

—¿Pero acaso no se las arreglan los padres de todos los demás niños que vienen al mundo? —preguntó Clara.

—Sí, siempre que tengan algo seguro para darles de comer, por poco que sea. . .

—¿Qué quieres decir?

Algo seguro, un empleo, una ocupación. ¿Me puedes decir en qué invierte el tiempo el padre de esta infeliz criatura que pronto llegará?

Cándido Neves, apenas se enteró del parecer de la tía de su mujer, fue a hablar con ella, sin aspereza, no mucho menos manso que de costumbre, y le preguntó si algún día había tenido que dejar de comer.

—Usted no dejó de comer sino en la semana santa, y eso porque no quiso cenar conmigo. Nunca nos faltó un plato de bacalao. . .

—Ya lo sé, pero somos tres.

—Seremos cuatro.

—No es lo mismo.

—¿Pero qué quiere que haga, además de lo que hago?

—Algo más seguro. Fíjate en el mueblero de la esquina, en el tendero, en el tipógrafo que se casó el sábado, todos tienen un empleo seguro. . . No te enojas; no digo que tú seas un vago, pero la ocupación que elegiste es inestable. Te pasas semanas sin tener un centavo.

—Sí, pero siempre llega el día en que nos recuperamos y tenemos incluso de sobra. Dios no me abandona, y los negros evadidos saben que conmigo no se juega; casi no hay ninguno que se resista, muchos se entregan en seguida.

Estaba orgulloso de ello, hablaba de la esperanza como de un capital seguro. Al rato andaba riéndose, y hacía reír a la tía, que era de natu-

raleza alegre, y que previa que alguna buena broma ocurriría durante el bautismo.

Cándido Neves había perdido ya el oficio de entallador, como le había ocurrido antes con muchos otros, mejores o peores. Capturar esclavos evadidos le deparó un placer nuevo. Era algo que no le obligaba a estar largas horas sentado. Sólo exigía fuerza, ojo atento, paciencia, coraje y un trozo de cuerda. Cándido Neves leía los avisos, los copiaba, se los metía en el bolsillo y salía a hacer sus averiguaciones. Tenía buena memoria. Fijadas las señas y los hábitos de un esclavo evadido, invertía poco tiempo en encontrarlo, reducirlo, maniatarlo y llevárselo. Fuerza tenía de sobra, agilidad también. Más de una vez, en una esquina, conversando sobre cosas ocasionales, veía pasar un esclavo que en nada parecía distinguirse de los demás, y se daba cuenta en seguida que era un prófugo, cómo se llamaba, quién era su dueño, cuál su dirección y a cuánto ascendía el monto de la gratificación; interrumpía entonces la charla y se iba detrás del malviviente. No lo apresaba en seguida, esperaba hasta encontrar el lugar apropiado y la circunstancia precisa, y de un salto tenía la gratificación en las manos. No siempre la alcanzaba sin sangre, las uñas y los dientes del otro sabían defenderse, pero generalmente él los vencía sin el menor arañazo.

Un día los ingresos empezaron a escascar. Los esclavos evadidos ya no venían, como hasta entonces, a meterse en las manos de Cándido Neves. Había manos nuevas y hábiles. Como el negocio se había vuelto rentable, más de un desocupado tomó la cuerda, consultó los diarios, copió los avisos y se lanzó a la cacería. En el mismo barrio había más de un competidor. Vale decir que las deudas de Cándido Neves comenzaron a crecer, sin aquella posibilidad de saldarlas en seguida o casi de inmediato que había tenido en los primeros tiempos. La vida se hizo difícil y dura. Comían de fiado y mal; comían sin horario, cuando tenían qué llevarse al estómago. El propietario de la casa, a través de un enviado, reclamó el alquiler.

Clara ni siquiera tenía tiempo de remendar la ropa del marido, tanta era la necesidad de coser para afuera. Naturalmente, tía Mónica ayudaba a la sobrina. Cuando él llegaba por la tarde, se le veía en la cara que no traía un centavo. Cenaba y volvía a salir en busca de algún fugitivo. Aunque en forma todavía esporádica, había empezado a confundirse de persona, y más de una vez capturaba a un esclavo fiel que iba a cumplir con las tareas que le encomendaba su señor; tal era la ceguera impuesta por la necesidad. Cierta vez atrapó a un negro liberto; se deshizo en disculpas, pero recibió una buena tunda propinada por los parientes del hombre.

—¡Es lo que le faltaba! —exclamó tía Mónica, al verlo entrar, y después de oírlo narrar el equívoco y sus consecuencias. Olvídate de ese trabajo, Candito; dedícate a otra cosa, eso no es vida.

Cándido hubiera querido, efectivamente, hacer otra cosa, no por los motivos expuestos por quien lo aconsejaba, sino por el simple gusto de cambiar de oficio; sería una manera de cambiar de piel o de persona. Lo peor es que no encontraba al alcance de la mano nada que pudiese aprender de inmediato.

La naturaleza siguió su camino, el feto creció, hasta hacer sentir a la madre el peso de su presencia, antes de nacer. Llegó el octavo mes, mes de angustias y de necesidades, menos aún que el noveno, de cuya narración también prescindo. Lo mejor es referir solamente sus efectos. No pudieron ser más amargos.

—¡No, tía Mónica! —exclamó Candido, rechazando un consejo que si a mí me cuesta transcribir, pueden imaginar cuánto más costó al padre oírlo—. ¡Eso nunca!

En la última semana del último mes, la tía Mónica le dio a la pareja un consejo de que el niño que naciera fuese entregado al orfanato. En verdad, no podía haber palabra más dura de tolerar para dos jóvenes padres que aguardaban ansiosos el momento de poder besar a su criatura, observarla, verla reír, crecer, engordar, saltar. . . ¿Cómo se le ocurría semejante cosa? Los ojos de Cándido se desorbitaron cuando miró a la tía, y terminó descargando un puñetazo en la mesa del comedor. La mesa, que era vieja y descoyuntada, estuvo a punto de deshacerse totalmente. Clara intervino apresuradamente.

—Candito, no tomes a mal lo que dice la tía.

—Claro que no, —agregó Mónica—. Les digo que eso es lo mejor que pueden hacer. Ustedes deben todo; la carne y los porotos empiezan a escasear. Si no aparece de algún lado un poco de dinero ¿me quieren decir cómo van a hacer si la familia aumenta? Y además tienen todo por delante. ¿Para qué apurarse? Cuando tu situación sea más llevadera, Candito, los hijos que vengan serán recibidos con el mismo cuidado que éste o más aún. En cuanto al que ahora va a llegar, estará bien criado y nada ha de faltarle. ¿O es que el orfanato es un páramo o un basural? Allí no matan a nadie ni nadie muere por abandono, mientras que aquí es seguro que morirá, si vive en esta indigencia. En fin. . .

Tía Mónica terminó la frase alzándose de hombros, les dio la espalda y fue a meterse en su habitación. Ya había insinuado aquella solución, pero era la primera vez que la expresaba con tal franqueza y calor —o crueldad, si prefieren. Clara extendió su mano al marido, como para levantarle el ánimo; Cándido Neves hizo una mueca, y llamó loca a la tía, en voz baja. Las caricias de los dos se vieron interrumpidas por alguien que golpeaba la puerta de calle.

—¿Quién es? —preguntó el marido.

—Soy yo.

Era el dueño de la casa, acreedor de tres meses de alquiler, que venía personalmente a amenazar a su inquilino. Este lo invitó a pasar.

—No es necesario. . .

—Hágame el favor.

El propietario entró y se negó a sentarse; echó una mirada al mobiliaje para ver qué saldo podía dejarle el embargo; le pareció que sería insignificante. Venía a reclamar los alquileres vencidos, no podía esperar más; si dentro de cinco días no le pagaba lo echaría a la calle. No había trabajado para beneficio de los otros. Viéndolo, nadie diría que era propietario; pero la palabra suplía lo que faltaba al porte, y el pobre Cândido Neves prefirió callar a responder. Hizo una reverencia, mezcla de promesa y súplica al mismo tiempo. El dueño de la casa no cedió en nada.

—¡Cinco días o a la calle! —repitió, engarfiando la mano en el cerrojo de la puerta y saliendo.

Cândido dejó la casa por los fondos. En esas ocasiones no llegaba nunca a la desesperación, contaba con algún préstamo, no sabía cómo ni de dónde, pero estaba seguro que lo obtendría. Por lo pronto, volvió a los avisos. Encontró varios, algunos ya viejos, pero en vano buscaba desde hacía tiempo a los esclavos en ellos aludidos. Invirtió algunas horas sin provecho, y volvió a su casa. Al cabo de cuatro días, no encontró recursos que le valieran; empeñó lo que pudo, fue a ver a personas amigas del propietario; lo único que logró de ellas fue que le repitiesen el ultimátum.

La situación era seria. No encontraba casa, ni tenían a quien recurrir para que les prestasen una; era estar al borde de la calle. No contaban, sin embargo, con lo que podía hacer la tía. Tía Mónica tuvo el talento de encontrar un techo para los tres en casa de una señora vieja y rica, que le prometió prestarles los cuartos bajos de la casa, al fondo de la cochera, hacia el lado del patio. Pero mayor aún fue su arte de callar ante todos para que Cândido Neves, en la desesperación de la crisis empezase por entregar al hijo al orfanato y terminase encontrando algún medio seguro y regular de subsistencia y pudiese, al fin, ordenar su vida. Escuchaba las quejas de Clara, sin repetirlas, es cierto, pero tampoco sin amenguarlas. El día que tuviesen que dejar la casa, los sorprendería con la noticia del ofrecimiento y esa noche irían a dormir mejor de lo que esperaban.

Así fue. Echados de la casa, pasaron a la vivienda que les fuera ofrecida, y dos días después nació el niño. La alegría del padre fue enorme, y la tristeza también. Tía Mónica insistió en la necesidad de entregar el niño al orfanato. "Si no lo quieres llevar tú, lo haré yo; déjalo en mis manos, yo iré a la *Rua dos Barbonos*". Cândido Neves dijo que no, que esperase, que él mismo lo llevaría. Tengan en cuenta que era un niño, y que los dos padres deseaban justamente que ése fuera

el sexo del recién nacido. Apenas pudieron darle un poco de leche y, como esa noche llovió, el padre decidió llevarlo al orfanato a la siguiente.

Aprovechó la tormenta para releer todas sus notas sobre esclavos prófugos. En la mayoría de los casos, las gratificaciones eran promesas; muy pocos avisos daban constancia de la suma y ésta, en todos los casos, era baja. Una, sin embargo, llegaba a cien mil réis⁴. Se trataba de una mulata; acompañaban a la cifra las señas físicas y la descripción de la indumentaria. Cândido Neves había estado tratando de ubicarla sin mayor suerte, y finalmente decidió renunciar al asunto; concluyó que algún amante de la esclava le había dado amparo.

Ahora, empero, al leer nuevamente la cantidad, la necesidad acuciante de obtenerla estimuló a Cândido Neves a hacer un último esfuerzo. Salió de mañana a ver e indagar por la calle y el *Largo da Carioca*, *Rua do Parto* y *da Ajuda*, que eran las que ella parecía frecuentar, según el aviso. No la encontró; tan sólo un farmacéutico de la *Rua da Ajuda* recordaba haber vendido una onza de alguna droga, tres días antes, a una persona que se ajustaba a las señas dadas. Cândido Neves simulaba hablar como dueño de la esclava, y agradeció cortésmente la noticia. No tuvo mejor suerte con otros prófugos de gratificación incierta o barata.

Volvió a la triste casa donde vivían de prestado. Tía Mónica se las había arreglado para suministrarle una dieta a la flamante madre, con la regularidad necesaria, y ya había preparado al niño para que fuese llevado al orfanato. El padre, no obstante el acuerdo hecho, apenas pudo esconder el dolor ante ese espectáculo. No quiso comer lo que tía Mónica le había guardado; no tenía hambre, dijo, y era verdad. Pensó en mil maneras de quedarse con el hijo; ninguna le pareció convincente. No podía olvidarse del lugar dónde vivían. Consultó a su mujer, que se mostró resignada. Tía Mónica le había pintado la crianza del niño; la miseria sería cada vez mayor, pudiendo, incluso, ocurrir que el niño hallase la muerte por no tener cómo ampararlo de los imprevistos y las enfermedades. Cândido Neves fue obligado a cumplir la promesa; le pidió a la mujer que le diese al hijo el resto de leche que él bebería de su madre. Así se hizo; el pequeño se durmió, el padre lo tomó en brazos, y salió en dirección a la *Rua dos Barbonos*. Que había pensado más de una vez en volver con él a su casa, era cierto; no menos cierto es que lo estrechaba contra su pecho, que lo besaba que le cubría el rostro para preservarlo del sereno. Al entrar en la *Rua da Guarda Velha*, Cândido Neves empezó a aflojar el paso.

—Lo entregaré lo más tarde que pueda, —murmuró.

⁴ Véase nota 3 de la pág. 4.

Pero no siendo la calle infinita o siquiera larga, tenía, irremediablemente, que acabar; fue entonces que se le ocurrió entrar por uno de los callejones que unían la de *Guarda Velha* a la *Rua da Ajuda*. Llegó al final del callejón y cuando iba a doblar a la derecha, en dirección al *Largo da Ajuda* vio sobre la acera opuesta un bulto de mujer; era la mulata prófuga. No quiero ni decir cuán profunda fue la conmoción de Cândido Neves, por no poder hacerlo con la intensidad real. Un adjetivo basta; digamos enorme. Yéndose la mujer calle abajo, se fue Cândido tras ella; a pocos pasos estaba la farmacia donde había obtenido la información, que referí líneas arriba. Entró, encontró al farmacéutico, le pidió encarecidamente que le tuviese al niño por unos instantes; en seguida volvería a buscarlo.

—Pero...

Cândido Neves no le dio tiempo de decir una palabra; salió rápidamente, atravesó la calle para poder atrapar a la mujer sin provocar demasiado alboroto. En el extremo de la calle, cuando ella iba a bajar por la de San José, Cândido Neves se le acercó. Era ella, ciertamente. la mulata prófuga.

—¡Arminda! —gritó, pues así se llamaba según el aviso.

Arminda se volvió sin sospechar lo que se avecinaba. Recién cuando él extrajo del bolsillo el trozo de cuerda y la tomó de los brazos, ella comprendió lo que ocurría y trató de huir. Ya era imposible. Cândido Neves, con sus manazas fuertes le ató los pulsos y le ordenó que marchase. La esclava quiso gritar, parece que llegó a levantar la voz más de lo que era su costumbre, pero en seguida se dio cuenta que nadie vendría en su ayuda, sino todo lo contrario. Le pidió entonces a Cândido Neves que por amor de Dios la soltase.

—¡Estoy embarazada, mi señor! —exclamó—. Si Su Señoría tiene algún hijo, le pido por el amor de él que me suelte; yo seré su esclava, lo serviré por el tiempo que quiera. ¡Suélteme, señor!

—Vamos, —repitió Cândido Neves.

—¡Suélteme!

—No quiero oírla más; ¡vamos!

Entonces lucharon, porque la esclava, gimiendo, se arrastraba, y con ella al hijo que llevaba en las entrañas. Quien pasaba por allí o quien, casualmente, estaba en la puerta de un negocio, comprendía lo que ocurría y, naturalmente, no intervenía. Arminda se defendía gritando que su amo era muy malo y que, probablemente, la castigaría con azotes, cosa que, en el estado en que ella se encontraba, sería mil veces peor. Seguramente él ordenaría que la azotaran.

—Tú tienes la culpa. ¿Quién te manda hacer hijos y huir después? —preguntó Cândido Neves.

No tenía ganas de reírse, como hacía habitualmente en esas circunstancias, porque lo inquietaba su hijo, que esperaba por él en la farma-

cia. También es verdad que nunca tenía demasiado que decir y menos aún en ocasiones como aquella. Arrastró a la esclava por la *Rua Dos Ourives* en dirección a la de la *Alfândega*, donde residía el amo de Arminda. En la esquina de esta última calle, la lucha arreció; la negra clavó los pies en la pared, retrocedió con gran esfuerzo e inútilmente. Todo lo que logró, pese a lo cercana que estaba la casa, fue retrasar su llegada a ella. Llegó, por fin, arrastrada, desesperada, jadeando. Una vez allí se arrodilló, pero en vano. El amo estaba en casa, el bullicio y las voces lo llevaron a la puerta.

—Aquí tiene a la prófuga, —dijo Cândido Neves.

—Es ella misma.

—¡Mi señor!

—Vamos, adentro...

Arminda cayó en el corredor. Allí mismo el propietario abrió la billetera y extrajo los cien mil *réis* prometidos como gratificación. Cândido Neves guardó los dos billetes de cincuenta mil *réis*, mientras el amo repetía a su esclava que entrase. En el suelo, donde yacía, abrumada por el miedo y el dolor, y tras algún tiempo de lucha, la esclava abortó.

Aquel fruto insuficiente de algún tiempo entró sin vida a este mundo, entre los gemidos de la madre y los gestos de desesperación de su amo. Cândido Neves presenció todo ese espectáculo. No sabía qué horas eran. Poco importaba, por lo demás. Debía correr a la *Rua da Ajuda*, y eso fue lo que hizo, sin querer conocer las consecuencias del desastre.

Cuando allí llegó, vio al farmacéutico solo, sin el hijo que le había entregado. Quiso estrangularlo. Felizmente, el farmacéutico explicó todo a tiempo: el niño estaba adentro, con la familia, y ambos entraron. El padre recibió al hijo con la misma furia con que atrapara a la esclava prófuga momentos antes, claro que distinta, ya que ésta era furia amorosa. Agradeció rápidamente y mal, y salió a la carrera, no en dirección al orfanato sino hacia la casa donde vivía, llevándose el hijo y los cien mil *réis* de la gratificación. Tía Mónica, oída la explicación, perdonó el retorno de la criatura, ya que con ella venían los cien mil *réis*. Dijo, es cierto, algunas palabras duras contra la esclava, a raíz del aborto, además de la fuga. Cândido Neves, besando al hijo, entre lágrimas sinceras bendecía la fuga y no se acordaba del aborto.

—No todos los niños traen disgustos, —le susurró su corazón.